

ANTONIO ELORZA Y MARTA BIZCARRONDO **QUERIDOS Y CAMARADAS**

La Internacional
Comunista y España.
1919-1939



El comunismo español y la guerra civil a la luz de los archivos de Moscú.

El conocimiento de la historia del comunismo ha experimentado una profunda transformación por la apertura parcial de los archivos de la antigua URSS. En lo que concierne a la Internacional Comunista, los nuevos datos no permiten una reconstrucción puntual de las conductas políticas, ya que muchos documentos conservan la etiqueta de «secretos», pero sí autorizan a dibujar una nueva interpretación de las relaciones entre el centro de poder soviético y los diferentes partidos comunistas. La pretensión del «partido mundial de la revolución» era controlarlo todo, pero a ello se oponían tanto la incompetencia de sus burocratas como las aspiraciones de sus delegados en cada país a actuar por su cuenta. Esto es lo que sucede en la España de los años treinta, cuando los colaboradores de Stalin descubren la posibilidad de una «revolución española» tras unos primeros pasos del comunismo peninsular sumamente precarios.

El análisis de los autores se centra en los años cruciales de la Segunda República y de la guerra civil, cuando «la sombra de Dios», –«Dios» era el nombre clave del primer secretario de la Internacional Comunista, Dimitrov– dirige los pasos de un partido comunista que comienza a jugar un papel destacado en la vida política española al borde de 1936. La documentación de Moscú proporciona una visión radicalmente nueva de la perspectiva con que Stalin afronta el asalto militar a la democracia española, así como de las tensiones entre su estrategia y la política del partido en España, para desembocar en una línea política que anticipa los rasgos de las futuras democracias populares.

Índice de contenido

Cubierta

Queridos camaradas

Una explicación previa

A) Entre la utopía y la democracia

I. Nacimiento y crisis

1. Tres reyes magos y cien niños

2. La tutela de un cisma

3. Represiones y mediación

4. Definición de una secta

II. El sueño de la URSS

5. La utopía comunista en España

III. El partido mundial

6. El imperio de la burocracia

7. El ansia de información

8. Bajo el signo de la dependencia

B) Del asalto a la defensa de la República

IV. La revolución española

9. La doma de un partido

10. Una singular «perestroika»

11. Intelectuales revolucionarios

V. Hacia el Frente Popular

12. Caminos de frente único
13. El impacto de Octubre
14. Entre democracia y revolución
15. ¿Frente Popular o Bloque Popular?

VI. Los riesgos de una victoria

16. En busca de la hegemonía
17. Las tres unidades
18. Ante la crisis del régimen

C) La Comintern y la guerra de España

VII. En defensa de la República

19. La opción democrática
20. El marco exterior: ayudas e inhibiciones
21. Cuesta abajo
22. El fin de la armonía

VIII. Comunismo frente a trotskismo

23. Antitrotskismo y terror
24. El espejismo de 1917
25. El POUM o el comunismo imaginario
26. Condena desde Moscú
27. Del crimen al proceso

IX. Hacia la democracia popular

28. Cambio de rumbo
29. Una definición agresiva

X. El partido de la guerra

30. Salir de la «imprensa»

31. La política de unidad

32. Crisis militar, crisis política

XI. Epílogo

33. Fin de historia

Anexo

Telegramas, informes, cartas e imágenes

Lista de archivos consultados

Sobre los autores

Notas

Let us break their bonds asunder, and cast
away their yokes from us.

El Mesías, segunda parte,
de G.F. Haendel, texto de Charles Jennes

La revolución comenzará esta vez en el es-
te, espacio hasta el presente inviolado y
ejército de reserva de la contrarrevolución.

Carta de Karl Marx a Sorge,
27 de setiembre de 1877

Una explicación previa

En los últimos años, la apertura de los archivos de la antigua URSS ha elevado a éstos al rango de mito. Especialmente entre 1992 y 1995 se han sucedido aportaciones y noticias en que a veces era difícil distinguir entre el rigor histórico y el puro sensacionalismo. Luego se inició la discusión sobre el balance que al conocimiento del pasado comunista aportaban los nuevos documentos. Pero más que los debates y la propaganda hablan los libros. Y en este sentido es preciso reconocer que tanto la historia de la URSS, como la de sus dirigentes, su proyección exterior y sus formas de represión, han dado un paso decisivo. Por supuesto, según el grado de apertura de los archivos y la lucidez de los investigadores que han centrado su preferencia en unos temas antes que en otros. El funcionamiento de la Internacional Comunista ha sido uno de los que ha reunido una bibliografía más abundante, tanto en lo que concierne a su organización como a la vida de sus «secciones», de los partidos comunistas nacionales. En esta preocupación se incluye *Queridos camaradas*, con el propósito de analizar la relación entre dicha Internacional y el comunismo español, lo que indirectamente supone esbozar el enlace entre la política de Stalin y España. Esta

búsqueda nos lleva a privilegiar los años treinta, por ser entonces cuando nuestro país atrae la atención preferente de los políticos soviéticos.

Intentamos ser fieles a la recomendación del antropólogo Maurice Godelier: la historia no explica nada, la historia debe ser explicada. Esto significa que no basta la reconstrucción del complejo episodio que nos ocupa, sino que hay que preocuparse por su génesis y su contexto. De ahí que dediquemos un capítulo introductorio a lo que es la prehistoria de nuestro tema, la acción de la Internacional Comunista sobre el minúsculo PCE de los años veinte y que introduzcamos un estudio especial sobre lo que representa la URSS sobre la mentalidad de la izquierda española al filo del cambio de régimen. Sin ese ingrediente, el enorme prestigio de la URSS, que contrasta con los delitos cometidos por la IC y el PCE, lo que luego ocurre, el ascenso político del PCE a partir de 1934, resultaría inexplicable.

Lo singular del objeto de estudio acota el contenido de nuestra investigación. Hasta muy tarde, los partidos comunistas no han sido partidos como los demás, y esta peculiaridad no reside únicamente en el módulo organizativo del centralismo democrático ni en el sesgo revolucionario de sus propuestas. Mientras duró la Internacional Comunista (1919-1943), y aun para muchos partidos hasta fechas más recientes, lo que caracterizaba por encima de todo su funcionamiento era su integración en un entramado político cuyo centro real coincidía con el del poder en la URSS, de manera que el proceso de adopción de decisiones y de selección de dirigentes se situaba siempre fuera del marco formal de la vida del partido comunista en cuestión. La Internacional Comunista, Tercera Internacional o, como aquí la llamaremos casi siempre, la Comintern, no era un ámbito de relación entre los partidos comunistas, ni de coordinación entre sus políticas, sino que pretendió constituirse desde un primer momento, y con-

sagró a ello siempre todos sus esfuerzos, como «partido mundial de la revolución».

Este enfoque radical implicaba una tarea sobrehumana: hacer realidad el lema marxista de «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Y ello suponía trazar una línea política que fuera válida a nivel mundial, lo cual en el fondo resultaba lo más sencillo, puesto que siempre la ideología encuentra forma de saltar por encima de la realidad, por compleja que ésta sea, a golpe de simplificaciones. El verdadero problema consistía en lograr que todos y cada uno de esos partidos asumieran los planteamientos ofrecidos desde Moscú y los llevaran a la práctica en sus respectivas políticas.

Pero aquí no acababan las complicaciones. La Comintern no se hallaba suspendida en el vacío, sino que funcionaba gracias al hecho de que en octubre/noviembre de 1917 la sección bolchevique de la socialdemocracia rusa, bajo el liderazgo de Lenin, había conquistado el poder en Rusia. Inicialmente pudo verse desde Moscú la Internacional Comunista como la gran palanca que completaría ese triunfo local con el desarrollo de un proceso revolucionario mundial. Por la magnitud de ese propósito cabe explicar los grandes recursos consagrados en tiempo de Lenin para ese montaje subversivo en los distintos países, a pesar de la miseria de las arcas públicas y de los pobladores de Rusia. Con el tiempo, sin embargo, al centrarse la revolución en sí misma, bajo Stalin, la prioridad otorgada a la construcción del socialismo en un solo país, la Unión Soviética, convertida en «patria del socialismo», generaba una tensión con la profesión de fe internacionalista que solamente podía resolverse en favor de quien detentara el poder. Y éste no era, como es lógico, el partido mundial de la revolución, dependiente en todo y para todo del Estado soviético. La hipótesis interpretativa que guió hace un tercio de siglo la historia del movimiento comunista escrita por Fernando Claudín nos ofrece así una segunda es-

estructura de dependencia en tiempos de Stalin: la política de la Comintern había de ajustarse puntualmente a los intereses de la política exterior de la URSS.

El resultado se parece mucho al juego de imágenes que nos ofrecen las muñecas populares rusas, conocidas allí como *matrioskas*. La exterior, la imagen que contempla el observador, es la actuación del partido comunista de cada país, similar en muchas cosas a la de cualquier otra agrupación política. Pero en realidad no es él quien adopta las decisiones y desarrolla la acción visible para los demás, puesto que el verdadero núcleo de su política es definido por la segunda muñeca oculta en su interior, la Comintern. Y en las opciones decisivas, tampoco esta segunda imagen es válida, porque el centro de decisiones real se encuentra en el sistema político soviético, con sus distintos círculos invisibles hacia afuera: el aparato estatal soviético, el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y como centro último, para señalar la línea a seguir, elegir en los grandes momentos, e impedir o autorizar medidas de sus inferiores, Stalin.

Ahora bien, la definición de un organigrama no resulta suficiente para explicar el funcionamiento de una organización. Stalin y sus peones en el engranaje de la Comintern hubieran deseado que todo encajara con la precisión de las piezas de un mecano, pero ni la complejidad de la realidad política ni los medios a disposición de los cominternianos ofrecían tal posibilidad. Aparece como innegable el reseñado juego de las *matrioskas* que se ocultan una dentro de la otra, dificultando en todo momento saber quién es quién. Así, con la documentación en la mano, y para el período que va a ocuparnos, no son ciertamente José Díaz y Dolores Ibárruri, o el Buró Político del PCE, los que trazan la política del partido. Detrás del telón mueven los hilos personajes que normalmente no salen en las historias: un ucraniano socarrón y cínico, Dimitri Manuilski, hombre de confianza de Stalin en la Comintern; desde

1934, el búlgaro Dimitrov, consciente del peligro fascista y con ideas propias; otro búlgaro, Stoian Mineev, conocido como Stepanov, empeñado en aplicar a España el recetario de la revolución de 1917. Y como intermediario de todos ellos, el argentino Victorio Codovilla, burócrata astuto y autoritario que entre 1932 y 1937 tiene al PCE en un puño.

Salvo a Dimitrov, ¿quién los conoce? Sin embargo, representan el nivel efectivo de decisión para España. Una vez establecido esto, comienzan las complicaciones: el juego de esos actores reales, su incidencia sobre el partido español, la función que desempeña éste a lo largo de la Segunda República. Porque no todos los elementos intervienen del mismo modo y de acuerdo con la misma combinatoria en los ocho años que separan el 14 de abril de 1931 y el 1 de abril de 1939. Nada viene dado de antemano, y por eso es útil preguntarse cómo funciona efectivamente esa estructura de poder y de qué manera incide sobre la evolución política y social de la España republicana. Tampoco la pesquisa resulta irrelevante si pensamos con una perspectiva más amplia. España es uno de los focos preferentes de atención de la Comintern a partir de 1930, después de Alemania y de Francia. Por ello la reconstrucción de la política de la Comintern respecto de España constituye un elemento de primera importancia para el propio estudio del movimiento comunista.

Al centrarnos sobre las relaciones de la Comintern con el PCE, y de paso con la política española, no pretendemos hacer una historia del comunismo español en los años treinta, pero sí arrojar luz sobre la evolución de un vínculo político sin el cual dicha historia resulta incomprendible. Porque en rigor para esa época no hay una historia independiente del PC español o del PC francés, o del alemán, y la clave de los respectivos comportamientos políticos se localiza en ese punto de encuentro con la Comintern. Dicho de otro modo, nuestro cuadro de análisis se

autolimita, a sabiendas de que así podrán trazarse las dos líneas de conocimiento, una hacia la actuación del comunismo en España, otra hacia el papel de la Internacional dentro del conjunto de la política soviética.

Todo esto puede estar muy bien como propuesta de trabajo e investigación. Pero ¿con qué fuentes? Hasta 1991 era evidente que un proyecto de estas características no tenía posibilidad alguna de verse realizado, dada la clausura de los archivos soviéticos. Es cierto que el PCE recibió en microfilm buena parte de su archivo, operación en la cual los autores de este libro, con la colaboración de otro historiador, desempeñaron un papel tan oscuro como relevante desde la Fundación de Investigaciones Marxistas, primero presionando para que los microfilms vinieran a España, algo que pocos deseaban, y luego catalogándolos, aunque dos funcionarios del partido pusieran luego su nombre en nuestro lugar. Pero en esa documentación faltaba todo lo referente a los delegados de la Comintern en España y a las deliberaciones y decisiones de los órganos de la propia Comintern en relación a nuestro país. Lo esencial se escapaba.

Con la apertura de archivos en la ex URSS a partir de 1991, las cosas cambiaron. Por un momento, las puertas de los archivos se abrieron y pareció posible el asalto al cielo para conocer la cara oculta de la política soviética en todos sus aspectos. Fue sin duda un error no aprovechar a fondo esa fase de *glasnost* o transparencia, entre 1992 y 1994, cuando el propio poder de vocación democrática estaba interesado en que se conociese el pasado comunista, y por si esto no fuera poco, lo que no se conseguía consultando índices y legajos, se lograba a fuerza de dólares. Nada tiene de extraño que fueran periodistas bien dotados quienes por este medio obtuviesen resultados espectaculares, como el notable reportaje sobre el asesinato de Andrés Nin que encargó y exhibió TV3. Los organismos estatales fueron más perezosos, perdiéndose así la oca-

sión, por ejemplo, de recuperar en microfilm los fondos del archivo del Ejército soviético sobre la guerra de España. La entonces responsable de los archivos españoles cubrió con una cortina de silencio administrativo la oferta del archivo de la avenida Makarov.

En todo caso, por lo que toca a la Comintern, la apertura nunca fue completa. Primero, porque los documentos más sensibles fueron transferidos al archivo de Presidencia, en el Kremlin, designándoseles a veces con el eufemismo de «armario 14». Otros debieron ser expurgados varias veces en el Instituto de Marxismo-Leninismo, hoy Centro Ruso para la Conservación y el Estudio de la Historia Contemporánea (CRCEDHC). Si pensamos en que ejerció responsabilidades cierto Ramón López, su verdadero nombre Ramón Mercader, el asesino de Trotski, en la sección española, no debe extrañar que haya pocos documentos sobre la represión del trotskismo. Ya antes de que se abrieran, la relación con Stalin había sido prácticamente borrada en términos explícitos, salvo en unos cuantos documentos dirigidos a él donde se hablaba de democracia para España, aunque en el sentido que luego tendrá democracia popular; el censor creyó que aquello era positivo y lo mantuvo a disposición del público.

En cuanto a la Internacional, los expedientes personales de la Sección de Cuadros, de primera importancia para la sociología política del comunismo y para apreciar los mecanismos de selección y represión –anticipo de las célebres autobiografías del Centro Tuol-Sleng en la Camboya de Pol Pot–, sufrieron muy pronto limitaciones de consulta para todo lo que no fuese la ficha autobiográfica. Y casi nadie llegó a ver la otra cara del espejo, la documentación de la OMS, el departamento de relaciones exteriores, que constituía la parte oculta del iceberg cominterniano. No obstante, lo peor estaba aún por venir.

A partir de 1994 este archivo de la Comintern, igual que otros, entró en un período de repliegue sobre el pa-

sado, es decir, de restricciones de acceso y depuración de documentos. Ha sido curioso que la puesta en marcha de un programa del Consejo de Europa para la informatización y reproducción parcial en CD-ROM de los fondos de la Comintern haya seguido un camino paralelo a esa depuración. ¿Por qué motivos? Hay que encontrar una razón para explicar que un documento de preparación del VII Congreso de la Comintern en 1935 sea ocultado a los historiadores, cuando ya se conocen hasta las últimas miserias y acciones brutales de Lenin y Stalin de que dan fe los archivos rusos. Sólo cabe pensar una cosa: la relación de continuidad con que se piensa la Federación Rusa de hoy respecto del Estado soviético de ayer. Desde este punto de vista, cualquier actuación de los años treinta evoca una interferencia de dicho Estado que afecta a la buena conciencia nacional de todos los rusos. Algo así como la anécdota biográfica del «comandante Carlos», cuando puso en cuestión la solidaridad internacionalista soviética: para las autoridades rusas de hoy, Stalin y Lenin pueden ir juntos al basurero de la historia, pero el mito de la mentalidad internacionalista de Rusia ha de pervivir. No es una estimación gratuita: basta con analizar qué tipo de documentos han sido eliminados, lo que puede comprobarse a partir de los libros publicados gracias a investigaciones recientes. La labor del director del CRCEDHC, Kiryl Anderson, o la excepcional dedicación de la especialista en los documentos sobre España, Svetlana Rosenthal, de poco pueden servir cuando existe una política de cierre como la reseñada cuyo origen se encuentra en instancias superiores.

Llegados a este punto, el lector puede preguntarse por la utilidad de un libro cuya gestación ha experimentado tales cortapisas, y otras que para no fatigarle omitimos. Baste decir que el adjetivo «kafkiano» sería el más adecuado para calificar más de una situación, a pesar de los apoyos reseñados, en los seis años de trabajo forzosamente intermitente —ya que había límite en número de microfils

por visita—, entre 1992 y 1998. Obviamente, no tendría sentido escribir nada si solamente pudieran consultarse los documentos hoy accesibles, con todas las decisiones fuera de campo.

Pero a pesar de los vacíos reseñados, y aun teniendo en cuenta que el corte nos atrapó en la mitad de la consulta de un fondo capital, cuyos microfilms pagados nunca nos fueron entregados, creemos que las claves del proceso, Stalin incluido, pueden ser señaladas. Naturalmente, resulta imprescindible tomar en cuenta al mismo tiempo que una explicación global tendría que integrar los servicios secretos, ese NKVD, antes GPU, siempre omnipresente, o las decisiones e informes del departamento de Asuntos Exteriores. No obstante, con el material disponible hasta 1994 la relación entre Comintern y PCE puede ser reconstruida en sus componentes esenciales y, a partir de ahí, con los datos también disponibles acerca de la política exterior soviética, cabe dibujar tanto los elementos fundamentales de la política de la URSS en relación a España, como la forma en que la Comintern los proyecta, a través de su complicado mecanismo de adopción y cumplimiento de las decisiones.

Hablamos de complicación, y en ocasiones habría que hacerlo de barroquismo. El estudio de cualquier episodio de las relaciones entre la Comintern y el PCE cobra así el aspecto de una tela de araña. Tras muchas dudas, hemos preferido respetar todas las idas y venidas del procedimiento, las reiteraciones y el panorama de comunicaciones y reuniones acumuladas hasta la extenuación, con tal de reflejar fielmente el curso de las cosas. La maraña obsesiva con que tropezará el lector es la propia del curso normal de los asuntos en la Comintern. Además algunos procedimientos, y sobre todo la mayoría de las decisiones, quedan en la actualidad apartadas de la visión del historiador por el aludido repliegue de la política de archivos rusa. Por eso mismo nuestras citas son en ocasiones